

Funciones del silencio

Dietrich Rall
C.E.L.E. - U.N.A.M.

Desde los inicios de la pragmalingüística, los investigadores se han interesado por lo que se da a entender y lo que se implica en el lenguaje, lo que se entiende y lo que se sobre-entiende. En este contexto, abundan las reflexiones alrededor de la fuerza ilocucionaria de un acto lingüístico, los actos de habla indirectos, las presuposiciones, etc.

Partiendo de estas bases, me parece igualmente interesante investigar lo que se entiende cuando en vez de enunciar palabras se guarda silencio. Sabemos que callar también es actuar, como no llevar a cabo una acción, es también actuar. En este sentido, el tema de mi cuestionamiento es, modificando la frase de Austin: ¿Cómo hacer cosas sin palabras? Y aquí no me refiero a medios paralingüísticos y meta-comunicativos como los gestos, la mímica, las reacciones no verbales a actos ilocucionarios. Me interesa la función que puede tener el guardar silencio, el callar en una situación comunicativa.

Entre los actos de habla, hay uno muy especial que parece su misma negación: me refiero al silencio como abstención de actuar verbalmente. Lo podemos llamar un “acto de callar”. Sabemos, sin embargo, que un silencio en una situación comunicativa puede tener una función muy especial e incluso determinante en el desarrollo de la interacción. Puede significar un obstáculo, la negación y hasta la destrucción de la cooperación comunicativa. Se conoce la problemática del silencio entre padres e hijos o parejas en pleito. El silencio puede expresar miedo, agresión y ninguneo. En otras ocasiones, el silencio es una expresión de la compasión, de la comprensión o simplemente de respeto. Así que el quedarse callado puede ser tan importante como pronunciar muchas palabras. Para este hecho, la tradición popular de nuestras lenguas tiene muchas expresiones, desde la antigüedad: “Si tacuisses, philosophus mansisses”, “Reden ist Silber, Schweigen ist Gold”, “Silence is golden”; “Besser stumm als dumm”; “No es cierto que una persona que está callada, no dice nada”, “En boca cerrada no entran moscas”, etc.

1. El acto de callar en la comunicación

Lo que voy a decir al respecto no es el resultado de algún estudio empírico que yo haya realizado, se trata más bien de algunas reflexiones propias y de varias observaciones que he encontrado en los trabajos de algunos filósofos, psicólogos, lingüistas y en textos literarios.

En su ya clásico libro **How to do things with words**, John Langshaw Austin incluye algunas observaciones acerca del actuar sin palabras; y en ciertos párrafos se refiere al efecto que puede tener el guardar silencio. Así, por ejemplo, en la conferencia IX, donde habla de los actos perlocucionarios, dice lo siguiente sobre los medios no verbales: “Es característico de los actos perlocucionarios que la respuesta o la secuela que se obtienen pueden ser logradas adicionalmente, o en forma completa, por medios no locucionarios. Así, se puede intimidar a alguien moviendo un palo o apuntándole con una arma de fuego. Incluso en los casos de convencer, persuadir, hacerse obedecer y hacerse creer, la respuesta puede ser obtenida de manera no verbal. Sin embargo, esto sólo no basta para distinguir los actos ilocucionarios, dado que podemos, por ejemplo, advertir u ordenar o designar o dar o protestar o pedir disculpas por medios no verbales y aquéllos son actos ilocucionarios. Así, podemos hacer ciertas gesticulaciones o arrojar un tomate como modo de protestar” (Austin 1971:163-164).

Me parece importante constatar que aquí Austin distingue entre el silencio como resultado de un acto perlocucionario y varias acciones no verbales como signo de advertencia, protesta o disculpa. Austin observa también, al final de la conferencia IX, que la comprensión correcta de tales actos no verbales depende mucho de las convenciones de cada uno de ellos: “Hablando en forma estricta, no puede haber un acto ilocucionario a menos que los medios empleados sean convencionales, y por ello los medios para alcanzar los fines de un acto de este tipo en forma no verbal, tienen que ser convencionales” (Austin 1971:164). Y advierte que surgen problemas en actos tales como “dar consentimiento tácito o algún acuerdo, o prometer tácitamente... Pero queda en pie el hecho de que muchos actos ilocucionarios no pueden ser realizados salvo diciendo algo” (Austin 1971:164-165).

Con tales reflexiones, Austin señala la importancia de los actos no verbales, incluyendo el actuar por medio del silencio: subraya ante todo la necesidad de conocer las convenciones lingüísticas, sociales y culturales para la interpretación correcta de las reacciones tácitas. Sin embargo, no se adentra en un análisis más profundo de las funciones de los silencios, especialmente en situaciones donde el silencio es obligatorio según las convenciones sociales establecidas.

Hasta donde yo sé, tampoco Searle, en **Speech acts**, ni Oswald Ducrot en **Dire et ne pas dire**, entran en un análisis más a fondo de las funciones del silencio. M. A. K. Halliday, en su libro **El lenguaje como semiótica social**, tampoco comenta la semiótica del silencio. Ciertamente Halliday habla de “antilenguajes”, pero en este

contexto no trata el silencio. Sin embargo, lo que dice sobre el uso del lenguaje adulto también es válido para la utilización del silencio, a saber que nos “topamos con la dificultad de que lo que no se puede especificar es el uso de cualquier expresión dada” (Halliday 1978 (esp. 1982:41)). Por otro lado, Dell Hymes, cuando habla de la capacidad comunicativa de una persona, señala: “tenemos, pues, que dar razón del hecho de que un niño normal adquiriera conocimientos de oraciones apropiadas. El niño o niña adquiere competencia con respecto a cuándo hablar y cuándo callar, y con respecto a qué decir a quién, cuándo, dónde y de qué manera” (Hymes 1971/1972:277). Ese aprendizaje de cuándo hablar y cuándo callar puede llevar a situaciones conflictivas, debidas, entre otras razones, a las relaciones de poder. Por ejemplo, cuando un padre pregunta a su hijo ¿Dónde has estado? y el hijo no contesta, entonces se abre toda una gama de interpretaciones posibles de este silencio que no podemos explicar con certeza sin informaciones más amplias sobre la relación comunicativa entre ambas personas. El silencio también puede acarrear sanciones lingüísticas en forma de reproches y comentarios como: “Estás muy callado. ¿Qué te pasa?” O en otras situaciones puede suscitar observaciones como “Nunca dice nada. Es muy aburrido”.

Pero el asunto es mucho más grave cuando se rompe el silencio con medios brutales. Tal puede ser el caso en interrogatorios policíacos o políticos, donde la falta de cooperación lingüística, por convicciones personales, políticas o morales puede tener consecuencias extremas como la tortura.

Desgraciadamente, el número de tales casos de rompimiento del silencio sigue siendo alto, y el derecho humano de no decir nada se sigue violando diariamente. En su libro **Lenguaje e ideología**, Olivier Reboul investiga la relación estrecha entre la violencia y el silencio, y habla de la “palabra confiscada” por la ideología al servicio del poder. Por lo tanto, no se “podría concebir una ideología que fuera puramente silenciosa” (Reboul 1986:148). Sobre la relación entre ideología, poder, violencia y silencio, Reboul señala: “la violencia reduce a la oposición al silencio; pero el hecho de que la violencia se eternice atestigüa que el silencio *no* es nada, que dice algo que la violencia no puede reducir. Sin duda, el ‘discurso del silencio’ no es enteramente mudo. Puede hacerse oír en las conversaciones privadas, las publicaciones clandestinas, las radios extranjeras. Pero el ‘discurso del silencio’ es sobre todo la opinión espontánea de las masas, sin la cual la lucha ideológica del poder oficial no tendría objeto” (Reboul 1986:148).

Hasta aquí el excursus sobre el significado más candente del silencio. Este aspecto ha sido trabajado también por otros autores. Se encuentran más observaciones interesantes sobre la “política del silencio”, y específicamente sobre la censura, p.ej. en Orlandi (1990).

En el libro **Hablando entre líneas**, de Julius y Barbara Fast, se encuentra un capítulo sobre “El silencio y el atropello”, donde los autores reflexionan sobre el por qué del silencio en situaciones comunicativas. Hacen resaltar, por ejemplo, el hecho de que el silencio es uno de los mayores obstáculos en una conversación.

Para personas que deciden no responder en una situación comunicativa y que simplemente se quedan callados, esta actitud puede significar una posición de gran poder. El que habla, al enfrentarse a estos silencios, fácilmente se irrita. “En este sentido el silencio puede ser destructivo y puede emitir, sin mensaje hablado, una intensa metaseñal negativa” (Fast 1980:175).

La interpretación y la función de los silencios no sólo cambian de una cultura a otra, sino están sujetos a cambios en la misma sociedad. Así, por ejemplo, hace unas generaciones en las sociedades occidentales se esperaba que los niños guardaran silencio en la presencia de los adultos, o que solamente contestaran cuando se les dirigía la palabra. De esto existen testimonios suficientes, muchos de ellos literarios, como el siguiente: “They all laughed. Laura could hardly stop laughing. “Oh, sing it again, Pa! Sing it again!” she cried, before she remembered that children must be seen and not heard. Then she was quiet” (Ingalls Wilder 1935/1975:46). Esos cambios de comportamiento y actitud no pasaron inadvertidos para los sociólogos, psicólogos y lingüistas. En Fast (1980) encontramos la confirmación de nuestras observaciones:

Mientras que “hace sólo algunas generaciones se aceptaba el hecho de que a los niños habían que verles y no oírles. Hoy les pedimos con cierta desesperación, “¿Por qué no hablas?. Rogamos comunicación. Pero deberíamos recordar que en el caso de los niños el silencio puede indicar una retirada para no sufrir daño. Los niños que eran víctimas de un asalto verbal a menudo se retiraban en silencio” (p. 175).

El silencio también puede ser una señal de alarma entre parejas. Los mismos autores Fast reportan el testimonio de un marido acerca de sus problemas matrimoniales:

“Cuando mi mujer me hace ese número, practica esa rutina del silencio, me siento completamente derrotado. No hay nada peor que alguien que no quiere discutir, que no comenta lo que está equivocado. Puedo luchar contra lo que sea, menos contra eso. Cuando se queda silenciosa está ensimismada, a kilómetros de distancia, y no puedo alcanzarla” (Fast 1980:175).

De todo lo anteriormente citado y expuesto se desprende que los silencios tienen su origen en constelaciones psicológicas. Deberíamos profundizar más nuestro estudio en este campo; sin embargo, lo dejamos para otra ocasión.

2. El uso del silencio

De la misma manera como el silencio puede señalar una actitud negativa, puede ser también un instrumento positivo. El saber guardar silencio forma parte de la educación y, por ende, socialización de todo ser humano. Es bien sabido que las diferentes culturas tienen diferentes tradiciones en el uso del silencio en determinadas situaciones. El comportamiento lingüístico en ciertas ceremonias, la interacción entre adultos y niños, entre propios y extranjeros, sigue ciertas reglas,

incluyendo las de guardar silencio como signo, por ejemplo, de solemnidad, de compasión o de comprensión. Llama la atención que la cultura occidental y el surgimiento de los sistemas democráticos han propiciado más la participación verbal explícita de los miembros de las comunidades lingüísticas en la comunicación. Esta “primacía de la palabra” en el discurso, como característica de las culturas griega, judía y cristiana, es también señalada por George Steiner en su libro **Lenguaje y silencio** (1990:35-36). Se nota una diferencia clara con, por ejemplo, algunos pueblos indígenas y orientales que guardan todavía sus tradiciones sociales. Así lo ha señalado K. H. Basso (1970) en su estudio “Silence in Western Apache Culture”.

Basso da aquí varios ejemplos de situaciones en la vida de los apaches donde, a diferencia de los europeos, se prefiere guardar silencio:

1. En el encuentro con extranjeros, gente no familiar. No se dirige la palabra, ni se presenta a personas desconocidas porque no se considera necesario.
2. Cuando los jóvenes se cortejan, pasan mucho tiempo sin dirigirse la palabra, tanto en público como cuando están a solas. Los apaches atribuyen este silencio a una “timidez extrema” (Basso 1972:73); dicen además que no saben qué decir y que temen pasar por tontos o estúpidos. A las muchachas se les aconseja no hablar cuando los muchachos les dirigen la palabra, ya que quedarse calladas expresa modestia y, por el contrario, hablar mucho puede interpretarse como tener experiencia con hombres y puede llevar a pensar a los muchachos que se trata de muchachas fáciles.
3. Los estudiantes que regresan a casa después de un largo tiempo (por ejemplo, después del año escolar), al encontrar a sus padres o amigos empiezan a hablar sólo después de 15 minutos. Cuando se rompe el silencio, lo hacen en lo general los estudiantes, mientras que los padres escuchan atentamente lo que cuentan.
4. Las personas enojadas o furiosas, o intoxicadas con alcohol, etc., y que gritan o insultan a alguien, no reciben en general respuesta. La gente las evita y no les contesta, pues consideran que están fuera de sí y son, por lo tanto, peligrosas.
5. Se guarda silencio en compañía de alguien que está triste, p.ej. ante los parientes de un difunto. Y esto no sólo en el momento de la ceremonia funeraria, sino también semanas y meses después, cuando se encuentran.
6. En las ceremonias se guarda el silencio para manifestar el respeto ante poderes sobrehumanos.

Como vemos, las situaciones dónde, según Basso, los apaches guardan silencio, están muy claramente definidas, y lo mismo pasa con muchas otras comunidades y culturas. Algunas de las situaciones nos parecen conocidas, pueden coincidir entre una y otra cultura, y en estos casos podemos hablar de “estructuras universales del silencio”. Sin embargo, hay otras donde hay marcadas diferencias.

Por ejemplo, en Europa central, quedarse callado al final de un intercambio de ideas o de una discusión puede ser interpretado, por quien tuvo la última palabra, como evidencia de haber convencido a los interlocutores por haber tenido los mejores argumentos. En cambio, en México, guardar silencio en una situación semejante, sin manifestar un consentimiento explícito, puede interpretarse como disentimiento o desacuerdo.

Sin embargo, todo depende de la situación de los interlocutores. Tanto el hablar poco como el hablar mucho pueden servir para el ocultamiento. Se ha afirmado inclusive *“que a mayor contenido expresivo menor contenido informativo; a mayor contenido informativo, menor expresividad*. Por tanto, en ocasiones lo que se informa compone la estructura oculta del habla, mientras que en otras, las más en la vida social, es el contenido expresivo lo que se oculta, precisamente bajo el disfraz mismo de lo que se informa” (Castilla del Pino 1972:61). En este sentido, un silencio puede tener expresividad extrema.

Me parece que la investigación lingüística debe todavía profundizar en el conocimiento sobre las funciones del silencio en las diferentes comunidades lingüísticas. Con tales estudios podríamos, tal vez, ayudar a prevenir interferencias culturales, o, por lo menos, aumentar la sensibilidad de los que aprenden lenguas, frente a comportamientos distintos en el uso del silencio. Ya en la lengua materna se necesita una competencia lingüística muy desarrollada para codificar, detectar y descifrar lo dicho, lo no dicho y lo sobreentendido. Tanto más difíciles son estas tareas en una lengua extranjera o en un sociolecto que no se domina. Al respecto, Ivan Illich (1970:83) puntualiza: “Para entender al otro, tenemos que aprender ante todo lo que significa su silencio, más que sus palabras. El significado surge menos de nuestros sonidos que de las pausas con las que nos hacemos entender. El aprendizaje de un idioma consiste más en la experiencia de sus silencios que en la de sus sonidos”. En el mismo sentido argumentó Alfonso Reyes cuando escribió, en relación con las dificultades de la traducción, que una lengua “vale tanto por lo que dice como por lo que calla” (Reyes 1962:145).

El silencio “voluntario” puede también tener su origen en reflexiones filosóficas acerca de la insuficiencia del lenguaje en relación con las cosas, con “la realidad”. Pero más que una discusión acerca de la idea formulada por Wittgenstein que “aquello de que no se puede hablar, hay que callarlo”, me interesa dar ejemplos de cómo se usa el silencio en ciertos textos. Por ejemplo, muchos escritores lo usan no sólo en la función de blancos en el texto, en el sentido de una “retórica del silencio” (Block de Behar 1984), sino para demostrar, de manera ejemplar, los efectos estéticos, psicológicos e ideológicos que puede tener el silencio en los seres humanos.

3. Ejemplos tomados de la literatura

En un ensayo de 1964, intitulado “El poeta y el silencio”, Eugen Gomringer, escritor suizo nacido en Bolivia, afirma: “El poeta es una persona que rompe un silencio para conjurar un nuevo silencio. No es orador. Si tiene que hablar, da rodeos. Su asunto son palabras. Decir un palabra, romper un silencio - el poeta inicia” (Gomringer 1964:54).

Esta es una actitud poética, y como prueba de la preocupación de Gomringer por el silencio, les quiero mostrar uno de sus poemas concretos, llamado “Constelación del silencio”.

CONSTELACION DEL SILENCIO

silencio silencio silencio
silencio silencio silencio
silencio silencio
silencio silencio silencio
silencio silencio silencio

Ya en estas breves reflexiones se nota la diferencia entre el uso práctico y el uso literario de la lengua, incluyendo los silencios. Las “consecuencias”, para hablar con Austin, son diferentes: el uso o no uso de la palabra en la comunicación cotidiana equivale a una acción con consecuencias en la interacción y en las relaciones psicológicas y sociales de los interlocutores. Este tipo de comunicación también se reproduce con frecuencia en obras literarias. Por otro lado, tenemos el silencio del escritor como manifestación de desesperación. La crisis lingüística es una de las características de la literatura de este siglo, y se manifiesta en un escepticismo general hacia toda posibilidad de expresión. El silencio en estos casos es la consecuencia lógica de la imposibilidad de comunicar. El silencio y la muerte, en muchos casos por el suicidio.

Otra expresión del sufrimiento de un poeta ante una lengua que no puede entender, son los versos de José Emilio Pacheco, intitutados “Goethe: Gedichte”. Rezan así:

Orbes de música verbal
silenciados
por mi ignorancia del idioma.
(**Tarde o temprano**, México: FCE, 1980:83)

Palabras silenciadas, y con esto prácticamente inexistentes y sin la posibilidad de dialogar intertextualmente con ellas. Hablando de Goethe, quiero mencionar a otro escritor que sí llegó a interpretarlo debido a su conocimiento del alemán. Me refiero a Milán Kundera y a su libro **La inmortalidad** (1989, esp. 1990), donde describe la relación de Goethe y una ferviente admiradora, la escritora romántica Bettina von Arnim. Debido a un comportamiento inaceptable de Bettina, Goethe dejó de tratarla y de contestar sus cartas durante muchos años. “En 1821, a diez años de su último encuentro -escribe Kundera-, llegó a Weimar y anunció su presencia en casa de Goethe, quien aquella tarde recibía y no podía impedir que entrase. Pero no intercambió con ella ni una palabra. En diciembre de ese año, ella volvió a escribirle pero no recibió respuesta alguna” (1990:86).

Para Goethe, la insistencia de Bettina era peligrosa, pero a la larga era mejor tenerla bajo control con palabras y conciliarse con ella. El uso que ella hacía del silencio de Goethe no era controlable. Así que finalmente la recibió. “¡Cómo podríamos no comprender la actitud de Goethe!” exclama Kundera. “Sintió con brutal urgencia hasta qué punto le era antipática y se enfadó consigo mismo por haber interrumpido aquellos maravillosos trece años de silencios. Empezó a discutir con ella como si quisiera echarle en cara de una vez todo lo que tenía contra ella. Pero inmediatamente se reprochó: ¿por qué es sincero?, ¿por qué le dice lo que piensa? Lo importante es la decisión que ha adoptado: neutralizarla; pacificarla; tenerla controlada” (Kundera 1990:87s.). Al final de la visita, Goethe “se levantó en silencio y tomó la lámpara para dar a entender que la visita había terminado y que él acompañaría a la visitante por el oscuro pasillo hasta la puerta” (p.88).

¡Qué bien le resulta a Kundera aquí la descripción de la relación complicada entre Goethe y Bettina, insistiendo en la fuerza del silencio para expresar conflictos psicológicos entre dos seres humanos! Y también para estimular la sensibilidad y la comprensión de los lectores.

El escritor austríaco Odón von Horváth (1901-1936) utilizó los silencios como parte constitutiva de sus obras teatrales. En los diálogos de sus obras, los silencios tienen un valor pragmático muy importante. Son acciones no verbales que dicen más que las palabras. En los silencios prescritos por Horváth en muchísimas escenas, se genera la esencia de la idea, de la decisión, de la acción futura o del siguiente acto de habla de los personajes. El silencio mismo es un acto, la negación de la palabra, la imposibilidad de la palabra o la incapacidad de expresarse.

Otra observadora de los silencios es la escritora mexicana María Luisa Puga. Su libro **La forma del silencio** está dedicado a nuestro tema, y en algunas páginas encontramos verdaderos “himnos al silencio”. Parece que los poetas, las escritoras y los filósofos han prestado más atención al silencio que los lingüistas.

Para finalizar, vale presentar un poema precursor de la poesía concreta. Juega con las últimas consecuencias de la comunicación no verbal en el lenguaje poético, reduciendo el mensaje a puros signos gráficos. Se llama “Canto nocturno del pez”

BIBLIOGRAFIA

- AUSTIN, J.L. (1971): **Palabras y acciones (How to do things with words)**, Buenos Aires: Paidós.
- BASSO, K.H. (1972): "To Give up on Words: Silence in Western Apache Culture", en "Giglioli, P.P. (ed.) **Language and Social Context**, Harmondsworth: Penguin, 67-86.
- BLOCK DE BEHAR, L. (1984): **Una retórica del silencio. Funciones del lector y los procedimientos de la lectura literaria**, México: siglo XXI.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1972): **Introducción a la hermenéutica del lenguaje**, Barcelona: Ed. Península.
- DUCROT, O. (1972): **Dire et ne pas dire. Principes de sémantique linguistique**, Paris: Hermann.
- FAST, J. y B. (1980): **Hablando entre líneas. Cómo significamos más de lo que decimos**, Barcelona: Kairos.
- GROMRINGER, E. (1964): "Der Dichter und das Schweigen", en Schnauber, C. (ed.): **Deine Träume - mein Gedicht Eugen Gomringer und die konkrete Poesie**, Nördlingen: Greno, 54.
- GRICE, H.P. (1967/1975): "Logic and conversation", en: Cole, P./Morgan, J.L. (comps.) (1975): **Syntax and Semantics 3. Speech Acts**, New York: Academic Press, 41-58.
- HALLIDAY, M. A. K. (1982): **El lengutye como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado**, México: FCE.
- HYMES, D. (1971/1972): "On Communicative Competence", en: Pride, J.B./Holmes, J. (eds.): **Sociolinguistics**, Harmondsworth: Penguin, 269-293.
- ILLICH, I. (1970): "Die Beredsamkeit des Schweigens", en: I. I., **Schulen helfen nichts**, Hamburg: Rowohlt, 81-88.
- INGALLS WILDER, L. (1935/1975): **Little house at the Prairie**, New York etc.: Harper & Row.
- KUNDERA, M. (1990): **La inmortalidad**, Barcelona: Tusquets.
- MORGENSTERN, Ch. (1953): **Das Mondschaf**. Eine Auswahl aus den Galgenliedern, Wiesbaden: Insel (Insel-Bücherei No. 696).
- ORLANDI, E.P. (1990): "Silence, sujet, histoire ... mais on le signifie quand même", en: Decross, A. (ed.): **L'Esprit de Société**, Paris, 1-10.
- PACHECO, J. E. (1990): **Tarde o temprano**, México: FCE.
- PUGA, M. L. (1987): **La forma del silencio**, México: siglo XXI.
- RALL, D. (1990): "Lugares comunes, silencios, vacíos: Lectores y espectadores ante el teatro de Ödön von Horváth", en: **Anuario de Letras Modernas**, vol. 3 (1985-1987), UNAM, 35-47.
- REBOUL, O. (1986): **Lenguaje e ideología**, México: FCE.
- REYES, A. (1962): **Obras Completas, T. XIV**, México: FCE.
- SEARLE, J.R. (1969): **Speech acts. An essay in the philosophy of language**, Cambridge: Cambridge University Press.
- STEINER, G. (1990): **Lengutye y Silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano**. Barcelona y México: Gedisa.
- WITTGENSTEIN, L. (1963): **Tractatus logico-philosophicus**, Frankfurt: Suhrkamp (Edition Suhrkamp No. 12).